

MANUEL PARDO

MVM
83
647ex
878
1/BOV

BMV
983
V 64
1878
c 1/2

BIBLIOTECA HISTORICA
"BENJAMIN VICUÑA MACKENNA"

UBICACION

VOLUMENES DE LA OBRA

CLASIFICACION NºC = 042257

Nº DE REGISTRO 3.228-9

BMUM

985

V6472X

1878

C1/100V

PRESIDENTS - PERU
PARDO, MANUEL - 1834

AMPS

1878

V6472X

983

BHBM

5/2

A. S. S. M. S. Ingenua,

Tu apelo a la
memoria de

MANUEL PARDO

EX - PRESIDENTE DEL PERU.

BREVES APUNTES

I REVELACIONES SOBRE SU VIDA

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

(Homenaje de un chileno a su memoria).

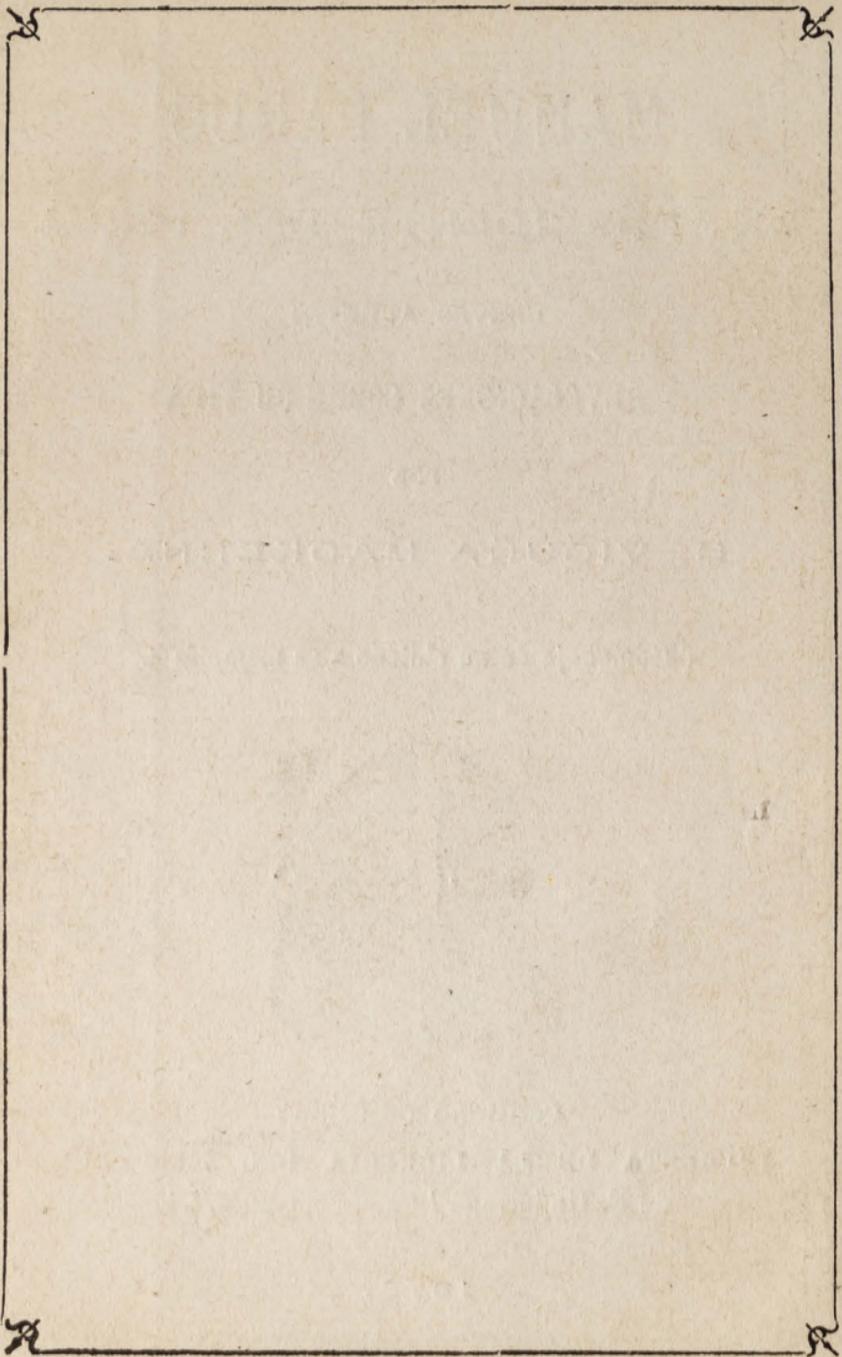


Santiago de Chile :

IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO
de E. Undurraga i Ca.—Compañía, 94.

1878.

3.228-9



DON MANUEL PARDO

(APUNTES I REVELACIONES INTIMAS DE SU VIDA.)

El horrible crimen americano, que con un laconismo tan horrible como el hielo del puñal, nos acaba de trasmitir el telégrafo marítimo, sacudirá las mas nobles fibras de todos los corazones de hombre en la redondez del ancho i desventurado continente que habitamos.

El asesinato político el mas abominable, el mas villano, i sobre todo, el mas estéril de los crímenes, asoma otra vez en nuestras repúblicas su frente ensangrentada. Delante de su espectro infame todos debemos alzarnos, i con las voces de nuestros pechos, con los gritos de "nuestras conciencias dar la alarma salvadora que imprimiendo a los espíritus nuevos rumbos, nos ahorre el luto i la indecible vergüenza de tamaño i tan bárbaro delito.

I nosotros, respecto de la ilustre víctima, tenemos otro deber santo que cumplir, i hoi lo cumplimos.

Desde muchos años, casi desde la infancia de la vida, fuimos amigos, i ademas, bajo muchos conceptos, yo fuí su sincero admirador.

Por otra parte, el cielo ha querido que negro dolor visite en estas propias amargas horas mi corazon i mi hogar; i dispuesta así el alma a la honda i casi incurable pena, sumérjese como en una sola agonía en las dos aflicciones que la agobian. Hai penas en el corazon del hombre que, como las fiebres de los trópicos, solo se curan aumentándolas.

Pedimos perdon anticipado al público americano que lea estas revelaciones, de su carácter íntimo. Pero en realidad nos seria absolutamente imposible i aun vedado escribir de otra manera. Otros i en mejor momento narrarán la noble vida i los señalados hechos cívicos del ínclito americano que acaba de ser inmolado.

Hoi nos es dado a nosotros únicamente contar los latidos de su corazón, sorprender las inspiraciones de su espíritu i transmitir, particularmente a sus compatriotas, los propios ecos de su voz de peruano i de patriota para hacer mas duradera i enseñadora la injusticia atroz de su inmolation alevé; i para esto habremos de exhibir sus últimas i mas jenerosas manifestaciones de la amistad.

¿Necesitaremos ademas decir que seremos sinceros, conforme a antiguo e invariable precepto?

I

Don Manuel Pardo nació en Lima el 9 de agosto de 1834, siendo sus padres el insigne literato americano don Felipe Pardo Aliaga i la señora Petronila de Lavalle, de la misma estirpe del ilustre jeneral de ese nombre, asesinado, como él, en medio de la calle.

Las olas de las revoluciones que aun no acaban, i que tal vez van a alzarse ahora ai-

radas provocando lastimeros naufragios, trájole a Chile en su cuna casi junto con nacer. Porque su padre, ministro de Salaverry para obtener la alianza de Chile contra Santa Cruz, trasladó su hogar a Santiago en 1835.

II

Ocho años mas tarde, pacificado un tanto el Perú, volvió a este país donde nunca ha sido comprendido, i desde entónces datan las cordiales relaciones de corazon que un golpe aleve acaba de tronchar. Manuel Pardo era entónces, como niño, reservado, retraido, reconcentrado, casi adusto, pero en el fondo leal i cabelleroso, escondiendo los síntomas de una gran naturaleza. Recordamos con la indeleble intensidad que el buril de la memoria esculpe los recuerdos en el corazon de los niños, que Manuel Pardo pasó el verano de 1843—44 en Peñaflores, i que allí era considerado como el mas circunspecto i observador de la infantil colonia en vacaciones.

III

Algunos años despues, su padre, que tenia numerosos amigos, compatriotas i aun deudos en España, en cuyo país se habia educado, lo envió a Barcelona al cuidado de un tio, militar retirado, el coronel don Juan Pardo, hombre severo, a propósito para formar de un niño un hombre. Los jenerales Zavala i Pezuela (ámbos peruanos) i los dos Concha (arjentinos) eran de la intimidad diaria de aquel institutor; i así el jóven Pardo se educó oyendo relaciones heróicas que retemplaron su espíritu juvenil, avezándolo al cumplimiento de todos los deberes que tienen casi como corolario obligado el peligro i la retribucion del sacrificio.

En esa misma época su ilustre padre, acongojado por la cruel enfermedad que postró durante veinte años su cuerpo sin rozar siquiera la rica fibra de su intelijencia, vivia en Paris sujeto a réjimen curativo; i ahí iba

a verle de tarde en tarde su hijo con su austero hermano.

IV

La educacion de Manuel Pardo habia sido enteramente conforme a su índole i a sus propensiones. El hijo del poeta i el pupilo del soldado no queria ser abogado, ni militar, ni literato. Era una naturaleza profundamente práctica i ejecutiva. En consecuencia, emprendió solo aquellos estudios económicos i de hacendista que le colocarian algun dia en su país a la altura del mas grande de sus administradores. Su primer estreno en esta carrera, al regresar a Lima en 1853, a la edad de diezinueve años, fué entrar a la Oficina de Estadística, recientemente creada.

Desde ese momento, Manuel Pardo se reveló como un jenio administrativo, i comenzó a figurar en todas las empresas i trabajos que un país tan inestinguiblemente rico como el suyo debia hacer brotar a su paso. El jóven Pardo aceptaba i desempeñaba con un

vigor i una puntualidad, que son condiciones poco comunes entre sus compatriotas, hijos de los trópicos, todas las comisiones i estudios que le confiaron sucesivamente los gobiernos de Echenique, de Castilla i de Pezet.

Era al mismo tiempo comerciante i agricultor. Desde 1860 habíase radicado tambien en Lima por un dulce vínculo, casándose con la señorita Mariana Barreda, hija de un acaudalado banquero, i una de las mujeres mas cumplidas por sus virtudes domésticas que honrarán siempre la sociedad peruana, i podríamos tambien decir la nuestra, donde hasta ayer fué nuestra noble huéspedea con todos los suyos.

Su marido, que fué como padre de familia un verdadero modelo, acostumbraba decir de ella en la intimidad, que era una verdadera «santa», i citaba como comprobante todo lo que habia sufrido por su causa, es decir, por la causa de su país, siguiéndole siempre con dulce resignacion, con sus diez tiernos hijos.

V

Pero la vida pública de Manuel Pardo no comenzó sino con la invasion del suelo de su patria por los aventureros peninsulares que en 1864 se lanzaron como sobre rica e inerme presa, arriando el pabellon peruano, sobre las Chinchas, que eran en aquel tiempo la tesorería del Perú.

Delante de aquel ultraje, Manuel Pardo cerró su casa de negocios, i aceptando una comision diplomática i financiera confiada a su reconocida intelijencia i a su honradez, que su muerte, estamos de ello seguros, levantará radosa encima de todas las calumnias de la vida, se dirigió en 1864 a Europa para levantar allí un empréstito patriótico, lo que logró con toda fortuna.

No se hizo cómplice por tanto Manuel Pardo de aquellas tristísimas vacilaciones que avergonzaron el corazon de la América i que terminaron en el menguado pacto por el

cual el Perú pagaria el rescate de su rubor con el de su oro.

Al contrario, Manuel Pardo hallábase recién llegado a Lima cuando entró triunfante el ejército que el jeneral Prado habia sulevado en el corazon del Perú para reivindicar la honra pisoteada de la patria. En consecuencia, Manuel Pardo, con el ilustre Toribio Pacheco, que fué un hombre antiguo enterrado de limosna, i con José Gálvez, que debia ser sepultado tambien en gloriosa indijencia, al dia siguiente de un dia inmortal, fué el alma del gobierno mas varonil, mas honrado i mas altamente rodeado de los prestijos de una verdadera gloria americana que ha tenido el Perú—la dictadura del jeneral Prado, que fué la dominacion purificadora del patriotismo contra el ajio, la cobardía i la traicion. Manuel Pardo, fué el ministro de hacienda de ese gobierno i en esa condicion se halló presente en el combate del *Dos de Mayo* de 1866, cifra que en los anales de la América vivirá en adelante alternativamente

esculpida entre las de *Carabobo*, *Ayacucho* i *Maipo*.

VI

Colócase en esta parte de la existencia de Manuel Pardo un rasgo que revela de un solo arranque su alma levantada i su índole audaz.

Todos recordarán en Chile que habiendo creido indispensable el gobierno del Perú colocar a la cabeza de su poderosa pero jóven marina un almirante extranjero, los fogosos comandantes peruanos de los buques de la escuadra aliada estacionada en Valparaiso durante el invierno de 1866, Lizardo Montero, que mandaba el *Huáscar*, Aurelio García i García, comandante del *Independencia*, Miguel Grau de la *Union*, en una palabra, la totalidad de los oficiales de mar del Perú, arrebatados por un sentimiento jeneroso pero fatal de indisciplina, se negaron a aceptar al contralmirante norte americano Tucker, como a jefe.

El marino del Norte, a pesar de su renombre i de su tacto, no fué recibido siquiera a bordo de la escuadra.

Pero una mañana aparécese súbitamente en la rada de Valparaiso un emisario del Perú, revestido de los plenos poderes de la dictadura militar. Ese emisario era Manuel Pardo, i éste, sin bajar a tierra, se dirige a bordo de los buques amotinados, e imponiéndose con una enerjía irresistible, reacciona todas las voluntades, i la escuadra entra sumisa en el sendero del deber i la obediencia.

I en esto habia algo todavía de mas extraordinario.

Porque esos hombres así vencidos por la elevacion moral de un carácter entero i neto, fueron desde aquel momento hasta la hora presente, los mas decididos i entusiastas amigos i secuaces del jóven que los habia vencido fascinándolos.

VII

Desde ese momento la personalidad de

Manuel Pardo comenzó a destacarse en el fondo sombrío de las revoluciones de su país, no solo como una esperanza, sino como la certidumbre de un salvador providencial.

El jeneral Prado habia sido derribado por uno de sus lugartenientes, el valiente pero inculto jeneral Balta, i éste lo seria en breve por sus simples pretorianos que lo matarian a balazos en el calabozo en que le guardaban prisionero; i como era inevitable en un país en que no solo hai opinion pública (como entre nosotros) sino que esa opinion tiene una accion positiva, constante i latente, i que por tanto la constituye i convierte en fuerza, el nombre de Pardo comenzó a aparecer revestido del prestigio con que, despues de los dias de ruinas, aparecen entre los demolidores los artífices de la reorganizacion.

VIII

Pero Manuel Pardo seria llevado al poder supremo a virtud de servicios de un jénero mas alto todavía.

Nombrado presidente de la Junta de Beneficencia de Lima, la institucion pública mas alta, mas rica i mas honrosa del Perú, Manuel Pardo, desplegando todos sus talentos de administrador i una indomable integridad, colocó ese importante servicio en el pié en que hoi existe, presentándose como un modelo a todos los países de nuestra raza i de nuestra afflictiva organizacion social.

I no fué esto solo, porque Manuel Pardo encontrándose de improviso frente a frente con la terrible epidemia que en 1867 asoló a Lima, i arrebató entre otras preciosas vidas la de José Toribio Pacheco, no volvió espaldas al deber, sino que lo buscó en medio de los lazaretos, de los cementerios i de los horrores de un pánico universal, siendo aclamado el verdadero salvador de la ciudad.

Manuel Pardo, organizado físicamente con las condiciones ménos favorables por su sanguínea robustez, para resistir al contajio de la fiebre amarilla, escapó milagrosamente ileso al estrago, pero llevó el horrible vírus a

su hogar, i postrados tres de sus hijos con la mortal dolencia, sucumbió uno de los mas queridos en sus brazos. Ah! I cuál mayor ofrenda podia tributar aquel hombre a la virtud i a su patria? I es, oh Dios! a ese jénero de hombres a los que mano cobarde arrebató la jenerosa vida en medio de las calles de la ciudad salvada de la pestilencia por su abnegado heroismo?

IX.

La notoriedad de Pardo, revestida desde la epidemia de una especie de reflejo sublime, se encumbró hasta una popularidad entusiasta cuando inmediatamente fué llamado a administrar los intereses locales de la provincia de Lima en su calidad de presidente (alcalde) del municipio. En dos o tres años Lima se transformó bajo su mano creadora i su actividad sin treguas. Rentas, salubridad, pavimentos, estatuas, hospitales, todos los servicios de la ciudad i especial-

mente los de la policía, recibieron un impulso decisivo bajo su ejemplo personal.

Ese cúmulo de servicios, como era inevitable, le señaló, no solo a los ojos de sus administrados, sino al país entero, como el futuro i único jefe posible de la nación. Lima, en medio de su molicie oriental, ha conservado intacta una sublime virtud castellana: la gratitud. Los que allí no tienen gratitud son africanos o proceden de sus crias....

X.

Pero Manuel Pardo, candidato popular i nacido esclusivamente de las espontaneidades del espíritu público, tenia que sostener inermemente la mas terrible de las luchas—la de los gobiernos que se arman i se alzan con las fuerzas que la nacion temporalmente les presta, para imponerse sobre el derecho i sobre la lei.

Balta habia visitado a Chile en tres ocasiones de su vida, i sabia a qué atenerse en

principios de intervencion gubernativa en el acto electoral. Pero aun así fué vencido por la opinion pública en accion que dejamos señalada.

Mas como la intervencion se asemeja a los monstruos de la fábula en que tiene cien cabezas, cuando el presidente Balta creyó que debia someterse al hecho i a la lei, se presentaron a su espalda los cuatro hermanos Gutierrez: Tomás, Silvestre, Marcelino i Marceliano, bravos arrieros del valle de Majes en la provincia de Arequipa, de los cuales solo uno sobrevive hoi dia, retirado en la montaña, con el nombre tristemente poético de «el sobrado»... Marceliano Gutierrez es en realidad un *sobrado* del patíbulo popular i de la hoguera... Mataron a tantos que quedó uno demas i como gracia.

XI

Comienza aquí lo que podria llamarse el drama de la vida de Manuel Pardo, ántes de

la espantosa tragedia que le ha puesto fin.

I al propio tiempo entramos nosotros al terreno de las confidencias íntimas que al principio de esta página anunciábamos.

XII

Un dia, en efecto, en el mes de julio de 1870, cuando faltaba apénas un mes para desceñirse la banda i entregarla al presidente electo el coronel Balta, víctima de mortal vacilacion entre el deber i la soldadesca amotinada, hace llamar a Pardo con uno de sus edecanes a palacio, a pretesto de un acomodo imposible.

Era preciso obedecer, porque un majistrado que no ha recibido la investidura pública, no es sino un ciudadano. Pero Pardo conoce la indecible violencia del carácter tropical de Balta; recuerda que en esos dias ha mandado tapar con adobes las puertas de una imprenta i que en su propio despacho ha pedido a gritos cuatro soldados para fusilar al editor del *Comercio*, don Manuel Amunátegui

Pardo, sin embargo, no vacila delante de el deber (i nunca jamas flaqueó ante esa voz); i ciñéndose un revólver bajo el levita, se presenta en el despacho del irrito presidente.

Hallábase éste rodeado de todos sus ministros i especialmente del siniestro Tomás Gutierrez, su mas osado instigador a la dictadura en su calidad de ministro de la guerra. Despues de un saludo frio i embarazoso, sucede una escena mas o ménos violenta de recriminaciones, provocada por el airado Balta, i al alzarse Pardo del sofá, por un movimiento brusco para retirarse, salta de la funda insegura el revólver que lo protege i cae sobre el blando tapiz del gabinete presidencial...

Aquel simple accidente evitó tal vez una escena indescriptible. Los ministros se miraron como estupefactos, i Pardo inclinándose al suelo tomó tranquilamente su arma i haciendo una seca cortesía a sus enemigos se retiró. Muchos habian asegurado que no saldria vivo de palacio, i Pardo contaba despues, riéndose, que lo que tal vez le habia salvado

era el broche descosido de la funda de su revólver... Suelen así perderse o ganarse las batallas de la guerra i de la vida por el mas pequeño pero oportuno lance.

XIII

Mas aquel no fué sino un episodio traji-cómico de la catástrofe que desde tiempo hacía estaba suspendida sobre la ajitada ciudad i la República.

Dos o tres semanas despues, el lúnes 22 de julio de 1872 (el mismo Pardo solia comunicarnos estas fechas i estos horrores) hallábase él tranquilamente en su casa conversando con Aurelio García i Miguel Grau, dos nobles corazones i dos leales soldados, sobre la actitud que debería asumir la escuadra, si Balta, cediendo al fin a la presion de los Gutierrez, proclamaba la dictadura i abolia de hecho la sucesion legal de la presidencia.

En la noche de aquel mismo dia debia casarse la hija del presidente con el señor

Delgado, i esa fiesta íntima de familia, no podía encubrir, como el baile del Elíseo el 2 de diciembre de 1851, la trama de un inaudito atentado.

Pardo, por lo tanto, confiaba todavía, si bien no ignoraba que el primer artículo del pacto de los Gutierrez, representantes del militarismo salvaje de los cuarteles, consistía en fusilarlo en la plaza pública, como al insolente creador del elemento civil i «demagógico» en el gobierno de la República.

Eran las dos de la tarde de la fecha mencionada.

XIV

Pero en ese mismo momento de engañosa calma, preséntase azorado en la casa del presidente electo un jóven desconocido i le anuncia que están retirando el batallon que custodiaba el Congreso en la plaza de la Inquisicion. I comprendiendo Pardo que el motin habia estallado, no tiene mas tiempo que

para tomar su sombrero, abrazar a su mujer i refugiarse en la casa vecina del ministro del Brasil, señor Leal.

Mas Pardo sabia demasiado que los Gutierrez de Majes no respetarian la inmunidad del pabellon estraño i que encontrándole allí le fusilarian junto con su protector, si ello era preciso.

XV

A las doce de aquella misma noche pasó el majistrado perseguido, por los tejados, a la casa de un señor Igarza; i desorientando así a los sabuesos, sale al dia siguiente de Lima, a las cuatro de la tarde, hácia el litoral, vestido de blusa de mezclilla, conduciendo un carretón de mudanza cargado de muebles hácia una chacra de las inmediaciones. I de allí, aquella misma noche, acompañado de dos animosos jóvenes llamados Soria i Zamudio, a la solitaria caleta de Chilca donde espera encontrar a García i a Grau con sus

buques. Los fujitivos habian galopado esa noche por senderos estraviados dieziocho a veinte leguas.

XVI

Al llegar al amanecer a la playa solitaria, solo encuentran, en lugar de la escuadra al ancla, una canoa de pescadores que vuelven fatigados de nocturna faena, i que se resisten alegando su cansancio a poner la proa al océano. . . No se divisa en el ancho horizonte una sola vela, i las partidas de los Gutierrez, diseminadas en toda la campaña no pueden tardar en aparecer. Pardo ofrece su oro a los pescadores i todavía se resisten; pero sus dos compañeros les ponen en la sien la boca de sus pistolas, i entónces ganan en el frágil madero la alta mar.

XVII

Referir todos los episodios de esa fuga de

un alto magistrado que, como César, ha he-
chado en el fondo de un barquichuelo su
fortuna i los destinos de su país, es empresa
que requiere las anchas pájinas de un libro,
porque en la tormentosa historia del Perú,
no hai nada mas terrible, mas dramático ni
mas henchido del interes de todas las pasio-
nes dominadoras del hombre, que las *cien*
horas que duró el imperio sangriento de los
Gutierrez. Estraño país! Desde los cuatro
hermanos Pizarro hasta los cuatro Gutierrez
su historia es solo una terrible leyenda!

XVIII

Entretanto, Pardo recojido milagrosa-
mente por la *Independencia*, desembarca en
Pisco el 26 de julio, dia para él venturoso
por las santificaciones del hogar, i al poner
el pié en la playa, un telegrama de su mas
fiel i mas querido amigo, el discreto i caba-
lleroso coronel Riva-Agüero (llamado tal
vez hoi a recojer su gloriosa herencia políti-

ca) le anuncia que la justicia popular ha sido hecha, que Balta i los Gutierrez ya no existen, que Herencia Ceballos ha asumido la vicepresidencia, i concluye pidiéndole designe por telégrafo su ministerio definitivo. La ciudad i la República están en realidad acéfalas como el desierto.

Pardo contesta únicamente que al dia siguiente estará en Lima. I así se verificó, pareciéndose su entrada a la ciudad, que en las horas en que escribimos estará probablemente viendo pasar recojida i espantada su carro fúnebre, a las delirantes ovaciones tributadas a los antiguos semidioses.

XIX

Cuando el prófugo de Chilca penetró en el vetusto palacio de los Pizarro como presidente legal i aclamado del Perú, no se encontró para ejercitar su alto cometido sino con tres elementos de accion: el entusiasmo popular, las cenizas humeantes de los Gu-

tierrez i el cáos... El mismo nos ha referido que en medio de las inmensas i vociferadoras turbas que por oleadas humanas penetraban en la plaza, buscaba con avidez el morrion de un ordenanza para repartir las primeras disposiciones de reorganizacion, i no lo encontraba: tal era el universal desquicio.

Esa fué la iniciativa que tuvo en el mando de su país el mas notable de sus hombres de administracion. Salaverry fué un jenio de desorganizacion, i su muerte de patriota i de soldado en el patíbulo cubrió con un manto de simpatía todos sus errores. Pardo fué el jenio de la reorganizacion nacional de su país; i sus compatriotas le han muerto con un golpe mas cruel que el del cadalso.

XX

Agrupar todo lo que el presidente Pardo hizo durante los cuatro años de su administracion legal en este bosquejo escrito como sobre la losa tibia de su sepulcro, es imposi-

ble. Baste saber que siendo un hombre laboriosísimo, se rodeó, no de amanuenses con e título de ministros, sino de los hombres especiales en todos los ramos, i con ellos gobernó constitucionalmente durante cuatro años.

El punto de partida de su administracion coincidió desgraciadamente con el comienzo de la crisis fatal que pesa sobre los países del Pacífico con tan obstinada tenacidad; de suerte que luchando con todos los inconvenientes que produce la penuria i con todas las irritaciones que enjendra el hambre, puede decirse que Pardo dió nuevas bases a la existencia política i económica de la República.

Otorgó un ensanche considerable a las libertades municipales, que en el Perú son, en razon de su agria topografía, las arterias de la vida, i así creó hasta cierto punto la libertad i la autonomía electoral a que su partido debe su actual predominio.

Sobre la base de las lecciones pretorianas

de Balta i los Gutierrez, regularizó el ejército, creando, es verdad, el elemento mas perturbador i hostil que se ha ensañado contra su nombre, el elemento de los *indefinidos*, semejante al de los *militares dados de baja* por Portales en 1830.

Protejió la emigracion europea, sana, robusta i vivificadora, celebrando contratos con las compañías de vapores, i en esto procedia con la intuicion i el convencimiento de un verdadero hombre de Estado que prevé el futuro i lo evita. Manuel Pardo miraba con horror el desarrollo de la «raza amarilla» que los hacendados del Perú traen por barcadas a sus valles de los enjambres de la China, este imperio en que los hombres son casi insectos porque son hormigas; i de aquí sus esfuerzos intelijentes por neutralizar los efectos de esas corrientes dejeneradas i dejeneradoras que son una séria amenaza para el desarrollo social i etnográfico del Perú.

XXI

Pero al ramo de adelantos públicos a que consagró el presidente Pardo su mayor ahinco fué a la instruccion pública, especialmente en las altas rejiones de la ciencia. Hizo venir para las cátedras de la enseñanza de la Universidad a los primeros profesores de Europa i les otorgó sueldos rejios de 10 i hasta de 15 mil pesos. El mismo con frecuencia asistia a las clases superiores como un simple alumno, i esto era de un ejemplo práctico superior al influjo de muchas leyes i teorías. En una palabra, i sin entrar en la pretension de parangones históricos cuya hora aun no ha llegado, el presidente Pardo hizo, o por lo ménos, intentó hacer en su patria, despues de las revueltas que comen- zaron en 1868, lo mismo que Portales emprendió en Chile despues de los trastornos de 1828. ¡ estrañas analogías! Pardo fué en los primeros años de su vida comerciante

como Portales. Como él fué el implacable subyugador del inquieto militarismo. Como él vivió exactamente la misma corta sucesion de dias (44 años uno i otro) i como él ha muerto por golpe asesino de soldado, con la sola diferencia de que el uno era un dictador omnímodo, i el otro, como en breve lo veremos, un simple ciudadano pacificador.

XXII

Otra analogía: Portales en vida no alcanzó a asentar las bases eternas de su probidad sino entre sus confidentes íntimos que conocian sus angustiosas penurias en medio de su desinterés sublime, i por esto lo admiraban; pero despues de su desaparicion, sus mas encarnizados enemigos miraron en el fondo de su cofre, i al divisar en él por única fortuna la camisa de lienzo agujereada por las balas de Florin, le admiraron tambien por la primera vez, i sin amarle, co-

menzó desde entónces para aquel grande hombre la hora de la verdadera rehabilitacion.

I bien! Iguales acusaciones han pesado sobre Manuel Pardo i pesan todavía en el vulgo de los maldicientes. Mas nosotros que le hemos conocido viviendo como el mas modesto de los huéspedes, dispensándose hasta del necesario lujo de un sirviente doméstico, de un simple ordenanza para él i su familia, nosotros los que hemos escuchado sus confidencias íntimas a este respecto i oídole hacer el inventario de su fortuna, apénas moderada para un hombre de sus posibles, abrigamos la esperanza de que esa restitution de la pureza a la gloria se hará sobre sus manes sacrificados, entregando así a la historia i al bronce de sus ciudades una gran memoria inmaculada. Desde hoi, para tal obra, nuestra humilde ofrenda de americano está lista i destinada a la alcancía de la glorificacion entre sus compatriotas.

Agreguemos aquí que Manuel Pardo sen-

tia la mas viva admiracion por don Diego Portales. Esa admiracion era en él un legado de su eminente padre, el emigrado peruano que mas honda huella labró en el corazon del ministro chileno, arrastrándolo a sus empresas contra Santa-Cruz.

XXIII

No se vió libre de borrascas intestinas la administracion de don Manuel Pardo, i ántes al contrario, las tuvo frecuentes i acerbas. Pero él les salió de camino con pecho varonil. Sabido es que él en persona dirijió las operaciones de la guerra contra Piérola en 1873. Decíanos él que para que las guerras civiles costasen barato en el Perú, era preciso hacerlas como las hacian los Pizarros, siendo ellos mismos jefes i soldados a la vez. I luego agregaba, riéndose—«Hombre, ¿acaso los americanos no tenemos todos algo de montoneros? La vida de campaña me gusta mas que la de palacio.»

XXIV

Otra peculiaridad de don Manuel Pardo con relacion a los actos de su gobierno. No esquivaba discutir en el seno de la amistad, i siempre con la más elevada franqueza las mas dudosas i árduas cuestiones suscitadas dentro o fuera del Perú durante su gobierno.

Así, por ejemplo, al tratar sobre el ofrecimiento que se le atribuyó de la escuadra del Perú al gobierno de Buenos-Aires contra el de Chile, soltaba una franca risotada, i sostenia que solo locos podian hacer a otro loco semejante increíble imputacion.—«Qué intereses tiene por Dios el Perú, exclamaba, en la costa del Atlántico para posponerlos a sus intereses inmediatos de cada dia en las de Chile? ¿Qué ventajas sacaria el Perú del aniquilamiento de un país con el cual está llamado a establecer el mas ilimitado libre cambio entre todos sus frutos i todos sus puertos, porque ese libre cambio será recíproco i complementario para uno i otro? I

despues, respecto del acto mismo diplomático disparatado que se me atribuye, a quién diablos puede ocurrírsele sino a un simple chismoso de tertulia de botica, que un gobierno puede mandar a otro de regalo su escuadra para que se bata con un tercero? ¿I en cambio de qué?»

XXV

Respecto de la cuestion salitrera de Tarapacá, era mucho mas esplicito todavía. Daba plena razon a las quejas de los chilenos sobre la creacion de ese monopolio.—«Es lo mas justo del mundo, decia, que ustedes se quejen i aun que me detesten a propósito de este capítulo. Pero yo gobernaba mi país para mi país i no para los de afuera. Yo veia que el *guano* se agotaba i que el Perú, sin hábitos todavía de trabajo, se precipitaria en el abismo si no se creaba en el tiempo oportuno una sustitucion al tesoro público que iba a desaparecer. Pero de esto, que era un deber su-

premo de mi posicion, a mi mala voluntad, a mi odio tan pregonado contra Chile i los chilenos, hai la distancia del deber a la maldad.

«I por qué habia de aborrecer yo, añadia, al país en que me he criado, donde existe parte de mi familia, donde nunca he encontrado sino amigos?»

I como si hubiese querido dejarnos mas tarde un vivo testimonio de su sinceridad i afecto, decíanos en la última carta que de él recibimos a fines de octubre, estas palabras de cariñosa i noble efusion:

«Me es mui grato que mis amigos i amigas de Chile,—a las cuales doi tanta importancia como a los primeros—conserven mi recuerdo con afecto: serian mui ingratos si así no lo hicieren, porque yo no olvidaré nunca los nobles vínculos que allí he contraido. Si algunos de sus compatriotas me consideran todavía como enemigo de Chile, consuélase Ud. de las estrecheces del espíritu hispano-americano con la idea de que aquí hai

mucho mayor número *que me juzga i me odia como a enemigo del Perú.*»

I luego, como si presintiera el horrible trance que le ha quitado la vida i que sus últimas palabras tal vez esplicarán tristemente, añade estas nobles i elocuentes reflexiones que son a la vez la espresion de una grande alma i de una elevada filosofía:—«Sin la lucha ¿qué mérito habria en el hombre? Sin los odios ¿qué valor daríamos a los efectos? Sin los obstáculos ¿qué gloria habria en vencerlos? Sin las calumnias ¿qué gusto encontraríamos en nuestro recto proceder? Solo el dios Baco, el mas imbécil de la mitología antigua, anda perpetuamente en coche, coronado de flores i en medio de los aplausos de la humanidad.»

XXVI

Pero lo que coloca mas alto la injenuidad moral del señor Pardo, comprobándola, es el juicio grave que sobre sí mismo formulaba con

relacion al triste asesinato perpetrado al principio de su gobierno en las montañas del Amazonas en los coroneles Herencia Ceballos i Gamio.—«Ese será el gran dogal, decia, de mi vida i la sombra que pesará sobre élla. Yo soi tan inocente como Ud. de ese crimen; pero él se ejecutó a consecuencia de un acto mio, por un ajente de mi gobierno i yo reconozco todo lo grave que en ese fatal suceso hai para mi memoria. El comisario de policia que los mató por su cuenta, ha sido juzgado i está en la penitenciaría de Lima, condenado por la Corte Suprema. Pero las pasiones, los deudos i los rencores, porque la posteridad tiene tambien implacables venganzas, pesarán sobre mi nombre fatalmente.»

I bien! Yo declaro que si esa posteridad ha de comenzar a formar su fallo en esta pájina, el reo que así se sienta voluntario en el tribunal de las jeneraciones con tan desembarazado candor i alta franqueza, merece la absolucion mas plena de la justicia póstu-

ma. Todos los que hayan leído las confidencias de Santa Elena, recordarán que el único punto sobre el cual un gran acusado no quiso aceptar ni la mas leve culpabilidad, era precisamente el de un atentado parecido i mandado ejecutar por su órden perentoria.

Sin hacer comparacion, Napoleon jamas confesó que el fusilamiento del duque de Enghien en Strasburgo, hubiera sido una falta ni una sombra duradera para su nombre. Don Manuel Pardo confesaba su parte de responsabilidad por entero.

XXVII.

Prosiguiendo el hilo de nuestros recuerdos, rotos por aquella cruel celada, el presidente Pardo logró realizar en el Perú el primer acto histórico del completo de su administracion constitucional i de su traspaso legal a su digno sucesor.

Contínuamente nos decia que el dia mas hermoso de su vida habia sido aquel en que

desceñida del pecho la banda bicolor i con su paletot colgado al brazo, se habia dirijido desde la sala del Congreso al palacio, acompañando al presidente Prado el 2 de agosto de 1876 en la calidad de simple ciudadano.

Pueda que un dia el Perú reconstituido sobre bases estables de prosperidad i de órden, haga de este recuerdo una inscripcino de gloria para su primer presidente *in integrum!*

XXVIII.

Tenia Pardo la mas viva fe en los destinos de su patria. Se maravillaba de sus riquezas naturales, de la elasticidad de su comercio, de la rapidez de sus convalecencias. Todo lo que deseaba i echaba de ménos eran los hábitos de trabajo que el país habia perdido primero con los ociosos vireyes de España i en seguida con los vireyes del *guano*. Admiraba sin embargo la entereza i la fibra militar de Castilla cuya muerte en Chilivi-

que, casi sobre el lomo del caballo del capitán jeneral convertido en montonero, le parecia digna de la pluma de Garcilaso de la Vega. Tenia un verdadero culto por San Martín i por Bolívar, i le aflijian las increíbles patrañas que escritores distinguidos pero poco versados en la chismografía de la historia, han levantado últimamente, a propósito del asesinato de Monteagudo i Sanchez Carrion, contra el último de aquellos grandes hombres. Confiaba él en que la tarea de esclarecer todo eso nos habria cabido, al ménos por derecho de antigüedad, a nosotros. I hoi que su deseo hace parte de la justicia de los muertos, hoi que él ha perecido tambien, por el puñal o por el plomo, sus votos serán cumplidos. Debemos a la tumba el trabajo que hemos rehusado a la galantería literaria. (1)

(1) No omitiremos a este propósito decir aquí que el señor Pardo escribió durante sus ocios en Chile un notable trabajo literario de análisis i crítica sobre uno de los libros mas importantes publicados en la América de Sur, el *Belgrano* del jeneral Mitre. I como si quisiéramos hoi acercar dos altas intelijencias de esta des-

XXIX

Don Manuel Pardo hizo el traspaso constitucional de la administracion en las mas felices condiciones, porque el candidato electo, sin marcada intervencion de su parte, era su antiguo jefe, su amigo de confianza i un patriota honrado que habia salvado la suerte i el nombre de su país. Pero al mismo tiempo él era hombre demasiado sagaz para no comprender que los elementos hostiles a su gobierno se agruparian rápida i espontáneamente en torno del nuevo mandatario para hacerle una posicion equívoca i difícil. Por su parte, sus propios amigos i admiradores cooperarian imprudente i jenerosamen-

poblada América, copiamos en seguida los párrafos que respecto de uno i otro se cambiaron con aquel propósito i por nuestro intermedio, los dos escritores.

(El jeneral Mitre, Buenos-Aires, agosto 30 de 1878.)

«He leído con interes sumo i gratitud el juicio que sobre mi libro *Belgrano* ha publicado en *El Ferrocarril* don Manuel Pardo. No sospechaba que este señor fuese un escritor tan distinguido i sobre todo, un pensador

te a aquel mismo fin de enemistad, de celos i animadversion recíproca.

I así aconteció en efecto. Porque habiendo designado el jeneral Prado para jefe de su gabinete al doctor Arenas, su rival en 1872, en el acto echó de ver el ex-presidente Pardo que su divorcio político con la administracion que le sucedia comenzaba en sus propias bodas. El jeneral Prado tuvo, sin embargo, el tacto delicado de consultar al señor Pardo por medio de un comun amigo—el señor Pividal—su combinacion ministerial, a cuya oficiosidad contestó el último solo con una frase pintoresca que era en el fondo un cruel sarcasmo. *¿Por qué no va Ud. a preguntarle a uno que van a ahorcar, qué le parece la horca?*

tan profundo, bajo el punto de vista analítico. Me ha admirado su espíritu penetrante para desentrañar el sentido filosófico de los hechos históricos i su talento para agruparlos, dándoles su significado i alcance. Tiene razon cuando dice que no puede esplicarse cómo he encerrado una gran historia i sus grandes personalidades, dentro de una biografía. ¡Qué quiere Ud! Ese fué el primer molde en que vacié mi idea i despues he te-

XXX

Este desgraciado pero inevitable enfriamiento se acentuó a los pocos días—agosto 9 de 1876—en el gran banquete que seiscientos ciudadanos respetables ofrecieron al ex-presidente en los salones de la *Exposicion*, que habia sido una de las grandes creaciones de su gobierno, i cuando con la copa en la mano hizo un llamamiento para que el *partido civil* se mantuviera «vijilante i con el arma al brazo», las hostilidades quedaron definitivamente rotas...

Todo esto habia durado en el Perú una semana—del 2 al 9 de agosto de 1876.

nido que ir agrandándole i reformándolo para que la idea cupiese en él.»

(Don Manuel Pardo, Lima, octubre 28 de 1878.)

«Le agradezco no ménos la orijinal que incluye del jeneral Mitre para darme la satisfaccion de leer en ella el lisonjero párrafo que dedica a mi estudios sobre su libro. Aunque su galanteria no le permite decir otra cosa, la debilidad humana nos hace aceptar todo lo que nos halaga, i dando tanta mayor importancia cuanto mas grande es la autoridad de la persona que nos lison-

En Chile áuró esa misma metamórfosis solo un dia—18 de setiembre de 1876—con la diferencia que los chilenos conocemos mejor que nuestros vecinos el gran arte del disimulo.....

XXXI

El ex-presidente Pardo se vino en consecuencia algo más tarde—junio de 1877—a Chile, i en medio de nosotros vivió tranquilo i feliz durante un largo año.

Sus deseos mas vivos eran quedarse aquí mas largo tiempo, i aun, si era posible, hasta que la próxima lucha de partidos i de corrientes renovadoras se operase en su país, fuera con su nombre, fuera simplemente con el de su partido.

jea. Así pues, agradézcale mucho su juicio sobre mi trabajo i dígale que Ud. fué quien tuvo la culpa de él.»

Se diria que don Manuel Pardo tenia aficion natural a escribir, si no fuera que la tendencia mas marcada de su naturaleza era la accion. En una carta de su señora madre al señor don Ramon Rosas i Rosas,

Pero al fin las reclamaciones de éste, sus urgentes e incesantes llamamientos i el peligro que él conceptuaba imaginario, pero que sus confidentes de Lima le aseguraban como inminente, de un golpe de Estado, le obligaron, a pesar suyo, a cambiar de rumbo.

El conocia las fuerzas del partido que habia organizado por su predominio en las dos ramas del Congreso, i especialmente en el Senado, a cuya puerta ha caido como el dictador romano; i no se disimulaba la lucha i tal vez el estallido inevitable de las armas.

Pero lo que es preciso que desde luego se sepa, es que don Manuel Pardo no habia regresado a su patria como un peligroso agitador, como un ambicioso impaciente, sino simplemente como un súbdito del deber, como un ciudadano interesado en la concordia de todos los partidos.

escrita en Lima el 10 de setiembre de 1839, es decir, cuando Pardo tenia solo cinco años, encontramos esta curiosa postdata:—«Manuelito ha llenado un papel de garabatos, i está con el empeño de que se lo incluya a Ud.»

Por fortuna, él sabia de una manera auténtica que el probo jeneral Prado rechazaba honradamente todos los esfuerzos de los modernos Gutierrez del Perú para lanzar al país, i lanzarlo a él mismo, en los abismos de una dictadura militar, i sabia tambien que, aun cuando no valorizaba en toda su estension el triunfo del *partido civilista* en las elecciones últimas, el jeneral Prado tendria el buen sentido i el patriotismo suficientes para someterse a la voluntad de la nacion.

XXXII

Permítasenos aquí refujiarnos, en prueba de todo lo que decimos, en las revelaciones que ántes ofrecimos i que colocan a los dos hombres que han ocupado i dirigido los destinos del Perú durante los últimos diez años en su verdadera i alta luz.

Prevalidos nosotros de antigua, franca i noble amistad, habíamos hecho al actual

presidente del Perú la insinuacion de los peligros que una lucha con la representacion nacional le atraerian, i a ese propósito le recordábamos la saludable leccion que el presidente de la república francesa acababa de dar a su país i al mundo.

Pues bien, a esa simple insinuacion de una voluntad desinteresada, el jeneral Prado nos envió la siguiente esplicita respuesta, que don Manuel Pardo leyó con profundo interes i satisfaccion. Era en realidad un noble sometimiento, por lo mismo que no era voluntario i por lo mismo que su último concepto constituia la aceptacion esplicita de la teoría política en cuestion.

Ese párrafo de carta, que entregamos confiados de su buena acogida, a la publicidad ardiente del Perú, dice testualmente como sigue:

Lima, junio 26 de 1878.

..... «El último párrafo de su carta, en que recuerda usted la prudente actitud de

Mac-Mahon al arrojarse en brazos del partido republicano, me hace comprender que, estableciendo cierta analogía entre la situación política actual del Perú i la de la Francia en esa época, alude usted al *partido civil*, que, sin duda por exajeradas referencias, juzga usted ser tan formidable i preponderante entre nosotros como lo era aquél allí.

«No sucede lo mismo, sin embargo; pues el *civilismo* carece de la importancia que usted parece atribuirle; i *crea usted que a ser igual mi situación a la de Mac-Mahon, NO VACILARIA EN IMITARLO.*»

MARIANO I. PRADO.

XXXIII

Aquella oportuna i salvadora intelijencia fué recíproca, i hé aquí cómo nuestro lamentado i noble amigo nos daba cuenta, a los

pocos dias de su llegada a Lima de lo que habia acontecido.

Es esa carta hoi dia un verdadero testamento político, i por lo mismo la entregamos íntegra al juicio de los que, tal vez sin comprenderlo, no han mirado en la cruel desaparicion de ese hombre una de las calamidades públicas mas irreparables para su país.

«Señor Benjamin Vicuña Makenna.-Lima, setiembre 11 de 1878.—Mi querido amigo: Ofrecí a Ud. escribirle teniéndolo al corriente de la marcha política de mi país, ya que al interes que siempre le ha inspirado éste, se agrega hoi el de la benévola amistad con que no hace Ud. mas que corresponder una parte de los sentimientos que su carácter me ha inspirado. Felizmente, la tarea es por hoi grata para mí, pues las noticias que puedo darle lo son: quisiera Dios que lo fueran siempre!

«Sus jenerosas ilusiones se han realizado. Por una reunion de circunstancias excepcionales, la oportunidad de mi llegada ha hecho

de mi presencia en Lima un elemento de tranquilidad, en vez de haber sido, como todos lo suponían, un motivo de desastrosas soluciones.

«La política de nuestro país se resiente, en su favor i en su contra, de la naturaleza i carácter de los habitantes: jente impresionable i nerviosa que se deja arrastrar fácilmente por el sentimiento.

«Por lo mismo que la confusion política en que ésta se encontraba habia excitado las pasiones a un grado altísimo, por lo mismo que hasta la víspera de mi llegada se repartían en las plazas i en los teatros millares de proclamas invitando al pueblo a hacerme desaparecer i que mis amigos por su parte tuvieron que armarse i *apertrecharse* (sic) para ir a recibirme, pues se creía necesario sostener una lucha sangrienta a mi desembarco, mi presencia inerte en medio de estos locos, viniendo a cumplir friamente un deber i mis palabras de paz dirigidas a los nuestros, han precipitado la crisis, como un reactivo una

combinacion química: tan rápido fué el cambio.

«La inminencia de los peligros hizo a todos prudentes, al Gobierno, a los contrarios i a los nuestros: el contacto de cabezas hirvientes con un hombre enfriado durante catorce meses por las espléndidas nieves del marco de Santiago, a los cuales solo puede resistir el alma de Ud., mas que peruana, ha enfriado a todos.

«Al conocer Prado mis teorías, que no tardaron en llegar a sus oídos, me hizo saludar el día mismo de mi llegada; fuí inmediatamente a pagarle la visita, i en ese palacio, que ha presenciado tantas cosas indignas i tan nobles i desconocidas luchas, tuvo lugar una escena grande, varonil i noble, que ojalá dé resultados tan buenos como los sentimientos que la han inspirado.

«Desde luego, el primer fruto está cosechado en la completa metamórfosis de la situacion política que ella ha operado i en la calma que ha devuelto a los espíritus i

con ellos a la sociedad. Ud. conoce mis ideas i mis sentimientos, i no dude que *haré cuanto pueda por que no cesen para el país los frutos favorables de estos hechos*: creo que Prado *está animado de mis mismos deseos, i tan lo creo que para decirle a Ud. verdad, temo solo que el mayor trabajo que él i yo vamos a tener para realizarlo, será el de inspirar cada uno a los suyos el espíritu elevado de que participamos ámbos*. ¿Lo conseguiremos? Yo, por mi parte, he empezado por amenazar a los míos con volverme a Chile si no cierran la boca; pero a cada ladrido de los contrarios, tiran todos a un tiempo de la cadena... Supongo que lo mismo le sucederá a Prado.

«Para que vea Ud. que mis teorías en Lima no han variado de lo que eran en Santiago i en el *Camino de Cintura*, envío a Ud. mi discurso de instalacion en el Senado i que ha producido un efecto sedativo mui conveniente.

«Póngame Ud. a los piés de V..... i de

mi señora doña M..... i róbele a Urzúa algunas horas para dedicárselas a su amigo.

Manuel Pardo.

XXXIV

Tales eran los sentimientos llenos de honrada magnanimidad, de sereno i levantado patriotismo, de propaganda pacífica por la lei i por la idea, del hombre que ha sido sacrificado a las egoistas pasiones del odio político o de una venganza de ultratumba; i tal lo creemos por el sitio mismo de su inmolacion i por otros antecedentes que de seguida vamos a recordar.

El honrado presidente del Perú habia tambien cumplido por su parte i noblemente su palabra de junio. Convencido de las preponderantes fuerzas del *partido civil* en el Congreso, habia pactado con su jefe una patriótica tregua, sin capitular por esto.

XXXV

En virtud de cuanto llevamos dicho, estamos dispuestos a dar nuestro testimonio ante cualquier alto tribunal que don Manuel Pardo regresó al Perú tan solo en obediencia a un obvio deber, contra sus deseos, contra su corazón, contra los ruegos más encarecidos de su esposa, en contra de sus presentimientos mismos.

Recordamos perfectamente como cosa de ayer (ya que hemos recordado cosas tan viejas como nuestra niñez) que el señor Pardo vino a vernos en la víspera de su partida, trayéndonos por adios su retrato que hoy enluta afectuoso crespón.

Discutimos con ese motivo, aquí, debajo de los árboles, todas las probabilidades favorables o adversas de su regreso, i concluimos en que no le quedaba otro arbitrio sino la inmediata vuelta a la patria, i que ésta habría de ser a la llana luz del día i a pecho

descubierto, como cumple a todo hombre i especialmente a todo caudillo.

—«Todos me llaman del Perú, excepto una sola persona, nos decia en esa ocasion, i a ésta es a la que yo debiera obedecer porque es la voz del corazon i de mi bien. Mi partido me solicita por un impaciente egoismo. Pero mi esposa me dice—«Quédate: mi alma te lo suplica.» I la infeliz señora acompañaba a su ruego proclamas impresas que circulaban en Lima i le habian sido arrojadas en su propia ventana.

Me dejó el señor Pardo—«para mi archivo»—una de esas proclamas que tiene la fecha del 7 de julio, en la cual, despues de tratarlo de *el enemigo mortal del pueblo*, se formula esta clara i terrible sentencia de asesinato.—«*Ahora estamos resueltos a escarmenarlos PARA SIEMPRE, HACIENDO PRACTICA la sentencia de las «justicias populares» EN EL MISMO PARDO i los suyos que las sancionaron cuando los infelices Gutierrez.»*

XXXVI

Por simple precaucion insinué yo al señor Pardo la idea de embarcarse públicamente para Copiapó i de allí cambiar de vapor. porque así, evitando un aviso anticipado, podria desembarcar en el Callao sin verse rodeado de turbas amenazantes. Pero él rehusó perentoriamente.—«Querido amigo, nos dijo, los que tenemos a cuestras la fatalidad de llevar el nombre de jefes de partido en las Repúblicas de América, no podemos hacer otra cosa sino levantar la bandera i pasar los primeros el puente con ella. No hai alternativa. Es como el *to be or not to be* de Shackespeare. Por otra parte, yo no le temo a la muerte sino *a la manera de morir*.. Porque desaparecer de la escena de la vida ahogado por una membrana, con el pescuezo roto por un resbalon del caballo, en un tren desrielado i cubierto de aceite i de carbon, es algo que ciertamente no me gustaria. Pero

morir en su puesto, cumpliendo dignamente su deber, sirviendo a su país, eso ya es otra cosa i eso no me espanta.» I luego con su espiritual versatilidad de lenguaje que hacia su conversacion tan amena a todos los que le escuchaban, añadió:—«I qué diablos! No escribirá Ud. mi biografía si me matan? Pues entónces, démonos prisa, no sea que Ud. se muera ántes que yo, como mas viejo, i me deje Ud. mirando...»

I con la alegría de un muchacho tomó su sombrero i su baston.

XXXVII

Era eso el 22 de julio, i ya casi no volvimos a vernos.—«Yo he suspendido mi viaje, me escribia desde Valparaiso el 3 de agosto, por telegramas de los amigos, previniéndome que lo difiera. Espero el mártes la esplicacion de ellos, pero ya las cartas de hoi me lo anticipan. Están vencedores en ámbas cámaras i en arreglos *macmahonianos* (alusion a mis

referencias anteriores) con Prado, i no quieren que mi presencia los perturbe. *Si es así, me quedaré con doble gusto*».

Debemos añadir todavía que el señor Pardo, al regresar a su país, se confiaba, ántes que todo, en la honradez bien conocida i en la lealtad bien probada de su antiguo amigo el jeneral Prado.

XXXVIII

Hemos dicho que a don Manuel Pardo se le hacian los piés de plomo para pisar la borda del vapor que le conduciria a la muerte. Una señora que le estimaba con especial afecto i a quien fué a pedir órdenes en el dia de su cumpleaños, le decia casi con enternecimiento que se quedara, que temia por él i por los suyos, i como si aquella voz de mujer i de madre, estas infalibles sibilas del dolor o de la dicha que el cielo nos depara, hubiera hecho alguna mella en su bravo corazon, consintió, como los cruzados antiguos, en que

aquella le ciñera al pecho un escapulario de preservacion... Hacia pocos dias que en alegre chanza recordaba desde Lima las virtudes preservativas con que hasta ese momento se habia encontrado revestido con aquella armadura de la vírjen... Pero hoi, la noble matrona chilena ¿no tenia al fin razon? (1)

A este propósito, agregaremos que Manuel Pardo tenia la mas alta estimacion por la mujer americana i especialmente por las limeñas, cuya superioridad sobre los hombres él reconocia como tantos otros observadores. Igual concepto hacia de las hijas de Santiago, i en jeneral, sus relaciones miéntras residió

(1) La persona a que alude este episodio fué la señora Magdalena Vicuña de Subercaseaux, cuya casa i familia, hoi cubierta de un verdadero luto, el señor Pardo frecuentaba en Chile como su propio hogar.

Como éste pueden citarse muchos otros centros íntimos en que el señor Pardo hacia una verdadera vida de familia durante su última residencia en Chile; pero ninguna habrá aventajado a aquella en el hondo pesar con que ha recibido la noticia de su doloroso fin. Por ruegos especiales suyos, el editor ha compilado estas reminiscencias en el presente folleto que será hoi mismo enviado a Lima a su digna familia.

en Chile, eran de preferencia entre señoras.

XXXIX

No cabe en este estrecho marco el retrato de don Manuel Pardo. No intentaremos por tanto ni diseñarlo. Era uno de los hombres de Estado mas vastos, mas jeneralizadores, mas ilustrados i atrevidos que hallamos conocido. Como político era fino, astuto i resuelto.—Usaba siempre de una espresion militar para caracterizar su determinacion, i era decir que el remedio para salir de todas las dificultades que un estadista tenia forzosamente que encontrar en su camino, era—*cuadrarse!*—i hacia el ademan del soldado que se planta como una roca sobre sus piés. Fué así, como entre otras muchas reformas, el jefe i creador del *partido civil* en el Perú estableció la mas vasta i trascendental reforma que se halla acometido en la América del Sur i en la cual nosotros estamos todavía apénas en la carátula,—*el registro civil.*

XL

Como hombre de intelijencia, tenia un vasto cultivo. Le eran familiares las literaturas española e inglesa. Conocia ménos i era ménos entusiasta por el jénero frances, en razon de sus acentuadas tendencias, prácticas en todo. Habia leído mucho i retenido con discernimiento todo lo que habia aprendido. Su padre habia sido su propio maestro.

En sociedad era un hombre lleno de atractivos, lijero, chispeante, copioso en anécdotas oportunas, saboreadas con una sana alegría: el pan del destierro no tuvo en su lengua flúida el dejo amargo de la hiel, sino el picante delicado de la sal ática. Conversaba con la mayor llaneza de todo jénero de materias, especialmente de ciencias. Habia sido el decidido protector de las exploraciones científicas del Perú, i durante su gobierno habia montado en un pié europeo el taller de dibujo i tipografía en que el sabio Raimondi im-

prime su grande obra sobre el Perú. En su casa era el maestro de sus propios hijos.

XLI

Como padre i como esposo ha sido juzgado por amigos i enemigos como un hombre irreprochable. Vivía solo para sus hijos, a quienes adoraba, i continuamente se retozaba con ellos como un simple muchacho, participando de todos sus juegos. Si la ceremoniosa España hubiese enviado un ministro a su Corte cuando gobernaba el Perú, se habria aquél probablemente ido de espaldas, viéndole echado por el suelo, como Enrique IV, jinetando sobre su cuerpo sus chicuelos.

De que sabia ser buen amigo, da testimonio el numeroso i compacto partido que ha formado en su país, i que seguramente no dejará su memoria sin una digna i suprema reparacion por la justicia i por la historia.

XLII

Mas con todas estas dotes superiores del espíritu i estas virtudes reconocidas del alma ¿era por ventura don Manuel Pardo un hombre cabal, un político irreprochable, una naturaleza exenta en todo de las escorias que por lo comun engastan el corazon de los hombres políticos de la América española, que traen auestas, como un segundo pecado orjinal, su educacion i su oríjen? Mui léjos de eso. I nosotros que nunca hemos aceptado el cobarde precepto de que la mortaja que cubre el cuerpo de los grandes o pequeños muertos vela tambien su alma i su fama, abriríamos aquí juicio contradictorio sobre la memoria del hombre notabilísimo que el Perú acaba de perder, sino fuera que en este primer momento de universal zozobra todo fallo definitivo seria tildado con justicia de apasionado o de incompleto.

Pero como fórmula jeneral podria sin em-

bargo decirse que don Manuel Pardo tuvo todas las cualidades i todos los defectos de los grande reformadores. Fué intransigente, duro a veces, obstinado casi siempre, como nieto de gallego. Era un montañés que habia nacido al acaso en la blanda ribera del Rimac, sin que su clima enervante hubiese embargado un solo momento su poderosa cabeza, tan robusta como su voluntad. Careció por esto de la conciliadora maguanimidad, del espíritu consultivo, de la patriótica frialdad que son las dotes culminantes del jeneral Prado, este hijo de las montañas, que se aviene mejor en Lima i a la índole peculiar de su pueblo i de sus hábitos. Pardo, como Rivadavia, como Portales, como San Martin, como Santa Cruz mismo, queria hacer el bien como él lo entendía i en la hora que él juzgaba mas adecuada, i no el bien como lo entienden los otros ni en la hora difícil i contradictoria que solo el comun acuerdo puede fijar como exacto meridiano.

Por eso habia sembrado su camino de es-

combros i de espinas, de violentas irritaciones, de escondidos i pertinaces rencores, de sombras que solo la gran luz que para los hombres verdaderamente superiores escapándose de las grietas de la tumba, disipa al fin por entero i conviértelas en irradiaciones inmortales de justificacion i de homenaje.

Mas, una vez todavía lo repetimos. Este ensayo de la prensa diaria i de la primera impresion, no puede ser ni una biografía, ni un bosquejo, ni siquiera un retrato: ménos puede ser un juicio histórico que traiga aparejada ejecucion. Es simplemente lo que dice su título—«una página de apuntes i revelaciones» de una noble vida que villana inmolacion ha depurado, elevándola a la gloria.

XLIII

I a este propósito nos será lícito poner fin a este rapidísimo bosquejo, especialmente consagrado a nuestros amigos del Perú, que

lo eran tambien del ilustre difunto, con una respetuosa insinuacion.

Ignórase en Chile, i acaso tambien se ignora en el Perú, quien ha sido el que ha guiado el brazo asesino hasta el corazon de la jenerosa víctima en la puerta del Senado. Pero sea que Manuel Pardo haya caido, como César, en el vestíbulo del Capitolio, bajo el puñal de un fanático político, sea que haya sucumbido, como Francisco Pizarro, el primero de los gobernadores del Perú, en una celada de odios inestinguibles... la única venganza que pedirá su memoria i será digna de ella, será levantar en el sitio en que corrió su noble sangre, su propia imájen glorificada. (1)

FIN.

1 El ensayo que precede escrito en unas pocas horas i en el mismo dia en que se publicó en Santiago la triste noticia del asesinato de don Manuel Pardo, (18 de noviembre) apareció en *El Ferrocarril* del dia siguiente con errores tipográficos de alguna consideracion, a causa de la prisa, i por esto se ha creído conve-

niente rectificar esa publicacion en el presente folleto, impreso tambien en el espacio de mui pocas horas a fin de remitirlo al Perú por el mas inmediato vapor, i como un pequeño homenaje del sincero i profundo dolor con que todas las clases de la sociedad chilena han recibido la infausta nueva de la desaparicion del hombre esclarecido que tantas simpatías habia sabido granjearse en este país.— (*El Editor.*)

ESTUDIO O



